

# La promesa de mamá

Matías Ampuero-O'Connor

Con miedo miré por la ventana, vi la aleta del avión, pensando que estaba quebrada cuando se abrió para aterrizar. Sigilosamente me transportó de mi país a un nuevo mundo. Bajando la velocidad, el avión aterrizó y en el aeropuerto de Miami, mi madre gritó con alegría: “ya llegamos, llegamos a mi país, el país de oportunidades”. Mi emigración terminó en Miami pero empezó desde dos años antes en Santiago de Chile, mi patria, mi maravilloso país dominado por las montañas y el mar. Finalmente estaba sano y salvo.

En 1998, mi madre empezó el proceso de salir de Chile para ir a los Estados Unidos. Ella me dijo que quería ir a su país para darle a sus hijos, Rodrigo, Baltazar, y yo, una oportunidad que nunca se podría lograr si nos quedábamos en Chile. En realidad, mi madre tenía un motivo secreto, uno más importante, que era de vida o muerte. Mi madre quería proteger a sus hijos del alcoholismo y la violencia. Para eso, ella debía salir del país en el que ella creció y vivió por más de treinta años. Yo me quedé pensando: “¿De quién nos protege? ¿Por qué nos íbamos ahora? ¿Qué iba a cambiar en los Estados Unidos? ¿Cuándo vamos a volver?” Todas estas preguntas estaban en mi mente. Tranquila, mi madre me dijo: “te prometo que todo saldría bien”.

Mi mamá, primeramente, quería salir del país atravesando los Andes. Pensaba cruzar ilegalmente por Argentina, pero las tremendas montañas de la región, con sus picos tan altos, creaban un obstáculo al que una mujer embarazada y con dos hijos jóvenes no podía someterse. Entonces para escapar a los Estados Unidos, había que trabajar con el sistema legal del país. Por dos años mi madre trabajó con las cortes y los abogados para adquirir permiso de salir con sus hijos. Pasó tanto tiempo porque para salir del país mi hermano mayor, y yo necesitábamos el consentimiento de nuestro padre, a quien no habíamos visto por mucho tiempo. Sin la autorización de él, nosotros dos no podíamos ausentarnos del país. Con el permiso de las cortes, conseguimos todos los papeles para marcharnos del lugar de mi nacimiento, teníamos un problema más: convencer a Christian, padre de mi hermano menor.

Christian, siempre se encontraba fumando cigarrillos y tomando vino. Él era un hombre muy violento cuando estaba borracho y era la verdadera razón por la que mi madre quería salir de Chile. Mi padrastro no hablaba inglés y no quería ir a los EE.UU. Finalmente mi madre persuadió a este gigante con la idea de un trabajo mejor que pagaría más. Entonces en año del nuevo milenio, se decidió que la familia O'Connor se mudaría al norte.

Me acuerdo que nos fuimos como criminales, por la noche y en secreto. No hablamos con nadie en la familia ni con amigos. Era una noche calurosa y muy clara, las estrellas brillaban como si estuvieran luciendo como el sol por el día. Así empezamos el camino al aeropuerto, en un auto sin nada, solamente ropa y niños asustados, esperando al futuro. “¿Cuándo voy a regresar? ¿Sabe mi tía, que nos vamos del país? ¿Quién me va a entender?” yo me preguntaba. El avión era grandísimo, hasta hoy el más grande en que yo he viajado y nunca he visto tanta gente en un lugar. Sentado en mi asiento tenía una mezcla de emociones. No sabía que hacer excepto dormir por la mayoría del viaje. Llegamos a Miami esa próxima mañana, inmediatamente tomamos otro avión a Baltimore, donde mi madre tenía un amigo que nos podía ayudar. Ahí en el estado de Maryland nos quedamos a vivir.

En Salisbury, MD es donde llegamos a residir y es ahí donde el alcohol nos dio el peor golpe. Christian reprochado por mi mamá por al alcohol, se puso furioso. Respondió

con golpes, gritos, empujones de un hombre iracundo. Con un grito, mi madre mandó que yo protegiera a mi hermano menor y que llamara a la policía. Así, se terminó el terror. Las leyes del nuevo país protegieron a una familia de inmigrantes recién llegados. Mi mamá cumplió su promesa.